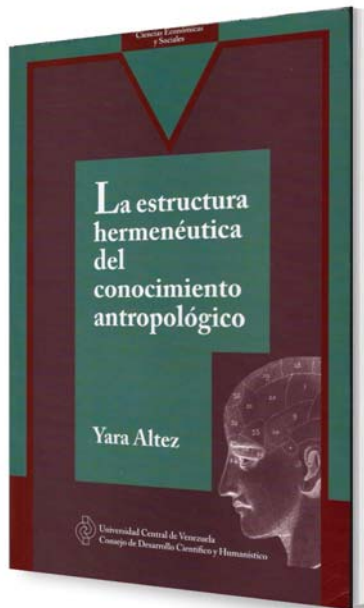


DÍAZ-POLANCO, Héctor. *Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia*. Caracas, Venezuela: 2da edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2013, 223 p.

ANNEL MEJÍAS GUIZA
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES (ULA)
RED DE ANTROPOLOGÍAS DEL SUR
MÉRIDA, VENEZUELA



En los diez capítulos del libro *Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia*, el antropólogo dominicano Héctor Díaz-Polanco, residenciado en México, logra aclarar cómo es vista la diversidad en las distintas posturas, desde las dos facetas del liberalismo que el autor presenta hasta el flanco de la izquierda, todo a través de la perspectiva de la antropología y de la filosofía política.

Por un lado, explica la actitud de los adversarios de la diversidad y que están a favor del *establishment* capitalista. Estos tratan de anularla basados en el discurso liberal de los Derechos Humanos, es decir, este lado argumenta que los derechos individuales o ciudadanos están por encima de los derechos colectivos, pero esos derechos individuales tienen un perfil netamente occidental, ilustrado, racionalista y capitalista (de como se imaginan esos principios universales los europeos y norteamericanos o, lo que es lo mismo, “un particularismo que se disfraza de universalidad”, dice al autor citando a Taylor). Así que hablamos de una postura del programa liberal *no pluralista* que mira todo en blanco y negro y que ha permitido, por ejemplo, intervenciones humanitarias (armadas) en otros países pregonando la defensa de los Derechos Humanos.

Esta postura se basa en la propuesta del primer John Rawl, pensador norteamericano creador de la *Teoría de la justicia* en 1971, quien a su vez retoma la perspectiva contractualista de Kant (que ha sido cuestionada tanto histórica como lógicamente, y el autor lo argumenta de forma extensa). En esta teoría se habla que los principios de la justicia (vista como equidad) deben estar por encima de los otros derechos y el Estado-nación sería la unidad relevante para garantizar esto; así, el pluralismo pasa a un segundo plano y se asume de por sí que el *yo* ya es *liberal*. Como lectora me costó conectar los capítulos sobre filosofía política que describen cómo se concibe la sociedad según Kant y Rawl, con el argumento central del libro: la diversidad, especialmente por el exceso de citas, y sentí que llega en un momento a saturarse por la heterogeneidad de temas tratados; sin embargo, es ilustrativo conocer las bases teóricas de las cuales se alimenta este flanco del liberalismo.

Esta postura sobre el liberalismo individual la compara el autor con el relativismo cultural absoluto o “metafísica relativista”, como la llama Vattimo, síntoma de los esencialismos etnicistas, que pregonan que es impracticable construir normas transculturales que permitan tender puentes entre sistemas culturales distintos, por lo tanto, para Díaz-Polanco tanto el liberalismo duro o universalismo liberal como el relativismo cultural serían “como

las dos caras de la misma moneda”, porque el primero se refuerza en el segundo y viceversa. En el terreno del relativismo absoluto y excluyente “no puede afianzarse la diversidad ni florecer la autonomía” de los pueblos de nuestra región, concluye el autor, por eso llama a la práctica de un relativismo o pluralismo ético, como lo denomina Farrell, que permita colocar los derechos individuales y colectivos como complementarios y dependientes unos de otros, y no contrapuestos.

Por otro lado, encontramos el flanco de los liberales con más apertura, entre comillas, llamado “pluralismo razonable” (por Rawl), “liberalismo colectivista”, “liberalismo pluralista”, “liberalismo multicultural” o “tolerancia liberal” (como lo acuña Žižek), que se basa en una tolerancia a las costumbres y tradiciones “que no dañan a nadie” o son “inofensivas” para este grupo, pero una vez que este considera que sus principios están siendo lesionados por esas tradiciones caen en la intolerancia. Esta postura se relaciona con el segundo Rawl del *Liberalismo político* de 1993, quien ya incluye la noción de pluralismo como una característica permanente de la cultura política de la democracia. Como ya plantea el primer Rawl, el Estado-nación en este enfoque continúa siendo una unidad integradora o “la estructura nacional” de la multiculturalidad (se intenta sustituir la diversidad por este término). Para Díaz-Polanco, el multiculturalismo forma parte de una nueva fase de mundialización del capital: el imperio (bien descrito por Hardt y Negri), que utiliza la pluralidad de culturas para reproducirse y expandirse, como la lógica de funcionamiento de un virus, atacando las bases comunitarias de la identidad. El multiculturalismo sería, según el autor, “el enfoque y la ‘política de la identidad’ del neoliberalismo globalizador”.

En el Capítulo 8: El proceso etnofágico en el imperio, Díaz-Polanco retoma las siguientes tres etapas en las que opera el dominio imperial, proceso lineal planteado por Hardt y Negri: una fase inclusiva para pregonar una lógica de la “inclusión universal” a la justicia, la indiferencia y la neutralidad, en la cual el imperio se vende como una maquinaria de integración; una diferencial y otra administrativa. El proceso etnofágico se daría

en esa primera fase, según el autor. En sus propias palabras, la etnofagia sería ese “apetito insaciable” del imperio que, “como voraz ‘boca abierta’”, invita a ingresar a todos y todas a su orden; de no hacerlo, nos convertiríamos en el enemigo con los siguientes adjetivos (negativizados): nacionalista, etnocentrista, fundamentalista y hasta “terrorista”. Especialmente esta postura liberal teme que estos movimientos, que considera locales, se conviertan en transfronterizos, como ha ocurrido con la idea integracionista del bolivarianismo del presidente Hugo Chávez, de Venezuela, en América Latina.

Esta noción de etnofagia la había usado por primera vez este autor en 1991 cuando quiso entender la acción del Estado-nación latinoamericano durante los procesos de genocidio y etnocidio contra comunidades étnicas: “apetito de diversidad, digestión o asimilación de lo comunitario, engullimiento de lo ‘otro’”. A su decir, la etnofagia sería “el proceso global mediante el cual la cultura de la dominación busca engullir o devorar a las múltiples culturas populares, principalmente en virtud de la fuerza de gravitación que los patrones ‘nacionales’ ejercen sobre las comunidades étnicas”. Se traduciría como un proceso de seducción y transformación, de asimilación, no por la fuerza, sino a través de la disolución gradual. Sin embargo, retomando las ideas de Hardt y Negri, el autor concluye que la etnofagia atañe no sólo a los grupos étnicos, sino a todas las “diferencias” o identidades que son atraídas al orden imperial dentro de una lógica global, por lo que la llama “etnofagia universal”, ya no del Estado-nación, sino de las empresas globales que buscan integrar la diversidad como una máquina productora de ganancias, verbigracia, bancos multiculturales, corporaciones de hoteles globales con “alcance multicultural”, “mercados multiculturales” y “departamentos de *marketing* multicultural” para publicidad multicultural, entre otros ejemplos nombrados por Díaz-Polanco.

El autor dedica un capítulo completo (7: Globalización e identidad) para desmontar la idea sobre la supuesta homogeneización y el fin de la historia vinculados ambos a la globalización, concluyendo que la globalización, al contrario, incluye y crea “un

espacio liso, sin rugosidades” para que las identidades se articulen y circulen en condiciones favorables para el capital globalizado con el fin de propiciar lo que llama Díaz-Polanco la etnofagia de la globalización: la diversidad como vitamina nutritiva para fortalecer el capital globalizado, como ya explicamos. Y acá distingue dos fenómenos distintos, usando el planteamiento de Bauman: la identidad y la identificación, la segunda relacionada con identidades efímeras o líquidas, productos secundarios de las presiones globalizadoras e individualizadoras, y también relacionadas con los no-lugares (de Augé), es decir que nacen en el seno mismo del sistema globalizador; mientras que la primera es un fenómeno anterior a la globalización, responde a una lógica propia de la comunidad (o comunalidad) y es, ante todo, histórica, es decir, la identidad es dinámica, heterogénea, cambiante, realiza constantes ajustes internos y, por lo tanto, se vuelve campo para el elección, el disenso y la contradicción, y no solo para el consenso. Las identidades, según el autor, son múltiples.

En este punto, Díaz-Polanco plantea una idea interesante, que ha sido tratada por otros pensadores, como el filósofo venezolano J.M. Briceño Guerrero (cuando habla de los tres discursos de la identidad latinoamericana, pero desde una perspectiva diacrónica): ver la identidad, dice, “como un complejo ‘edificio’ de diferentes niveles”, en vista de que se vive intersubjetivamente. Me parece interesante porque comulga con la noción de hegemonía de Gramsci: cómo se negocia, se crean consensos y disensos, cómo los individuos usan los distintos niveles de la identidad de acuerdo con la multiplicidad de pertenencias que ellos mismos organizan. Es una categoría importante que, si la asociamos con las complejas historias de nuestros países, nos permitiría entender cómo en América Latina un individuo puede comportarse de una manera ante una situación y actuar de forma distinta frente a otra, sin llegar a ninguna contradicción o contradiciéndose sin problema ni censura del grupo social o del sujeto mismo. Díaz-Polanco lo vuelve metáfora: “la imagen de diversas camisetas convenientemente colocadas una encima de otra, sobre el mismo sujeto, ayuda a ilustrar el fenómeno”. Así, al estudiar la pertenencia identitaria es

importante incluir estos niveles o capas identitarias, “sus múltiples influencias y contrapesos”, y examinar los mecanismos ordenados o su principio de jerarquías (que también es dinámico).

En el tercer y último flanco, Díaz-Polanco analiza cómo las izquierdas anquilosadas asumen la identidad y la diversidad, cuáles serían los retos de la izquierda latinoamericana sobre este tema y cómo podrían ser las luchas genuinas de los pueblos en la construcción y defensa de su identidad para convertirse en sujetos políticos en el mundo de ese multiculturalismo camuflado como la cara etnográfica del neoliberalismo. Para el autor, una debilidad histórica de la izquierda ha sido no comprender que la defensa de la igualdad incluye también la defensa y el respaldo a la diferencia, a la diversidad. Para ello llama a que se desmonten los actuales discursos del liberalismo y que la izquierda cree “una teoría de la justicia propia” con un lenguaje renovado, en vista de que necesita hacer frente a una política bien dirigida desde los años 40 del siglo XX (por Hayek, Nozick, Rawls, entre otros) para negativizarla hasta el punto de demonizarla y perseguirla. Todo esto con un fin: inyectar la idea de que “naturalmente” el capitalismo es inevitable y no puede ser superado, que una sociedad puede tener fuertes desigualdades y ser “justa”, y que las sociedades tienen que ser regidas por el mercado. Díaz-Polanco comulga con el enfoque de Nancy Fraser de desarrollar “una teoría crítica del reconocimiento” que pueda combinar las versiones de la política cultural de la diferencia y una política social de la igualdad, es decir que “igualdad y diversidad van de la mano” o, lo que es lo mismo, “*igualdad en la diferencia o unidad en la diversidad*”. Para ello, debe entenderse que el Estado-nación en su versión actual no es la vía para alcanzar esta comunión, en vista de que sirve a los intereses globalizadores y capitalistas, sino que para disolver el poder el primer paso es que “tome su propia fuente legítima y transformadora: la gente y sus comunidades”.

Así, Díaz-Polanco plantea un análisis interesante sobre la diversidad como una posibilidad para crear grietas, fisuras en el sistema actual con el objetivo de una posible generación de una crisis sistémica, cuando habla de la etnización de la fuerza de trabajo

mundial, el fortalecimiento de los grupos de identidad, el reclamo de autonomía. Y también plantea una propuesta interesante de que sí es posible construir de forma diferente lo universal (no visto como una serie de principios *a priori*), porque la diversidad no niega lo universal y, apelando a lo que expone Žižek, llama a una universalidad política o, lo que es lo mismo, “una solidaridad en la lucha”.

Con *Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia*, Díaz-Polanco ganó en el 2008 el Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada, de Casa de las Américas. Dos años antes su primera edición se publicó por Siglo XXI Editores y, en el 2009, Monte Ávila Editores Latinoamericana lanza la segunda edición (primera por esta editorial) y luego, en el 2013, nos pone en las manos el libro que ahora les presentamos, con una nota de la editorial a la segunda edición venezolana y el prólogo titulado “Un libro contra el entusiasmo” de Julio César Guanche, de Cuba. Invitamos a leerlo con detenimiento, tratando de enlazar los cabos sobre el liberalismo, la globalización, el multiculturalismo y la etnofagia en un mismo nudo: la diversidad como propuesta teórica y política para reinventarnos en América Latina y el Caribe en pro de cambiar las realidades tan desiguales de nuestros países.